

LA IGLESIA DE EL SALVADOR: INTERPELACIÓN Y BUENA NOTICIA

El presente artículo tiene como origen un discurso pronunciado en el «día de los católicos», celebrado en Düsseldorf, en septiembre de 1982; de ahí su viveza y su estilo directo. Muchas veces nos preguntamos por las Iglesias latinoamericanas, por su posible novedad y por su capacidad de llamarnos la atención y de interpelarnos. Jon Sobrino, en este precioso discurso pone ante nosotros una de dichas Iglesias, la salvadoreña, especialmente viva, y nos hace ver que la clave de dicha vida está en que los pobres están en ella y toda ella se esfuerza y sufre en su opción por los mismos. Surge, en consecuencia, la pregunta y la Interpelación a nuestras Iglesias europeas por nuestra relación con los pobres como único medio de continuar con vida y de seguir el evangelio de Jesús.

La Iglesia de El Salvador. Interpretación y Buena Noticia, Estudios Centroamericanos, 38 (1983) 27-36

INTRODUCCIÓN

En los últimos años la iglesia de El Salvador ha llamado la atención, a pesar de que es la iglesia de un país muy pequeño y a pesar de cierta campaña de silencio y tergiversación que se ha hecho sobre ella. Pero ustedes, católicos alemanes, están interesados en saber qué es lo que ocurre en esa iglesia, y esto significa que algo importante e inusual ha ocurrido.

Y lo que en El Salvador ha ocurrido es un verdadero milagro. Muchos cristianos, en grupo e individualmente, se han convertido. La iglesia ha realizado la difícil opción por los pobres, ha recorrido el camino de Jesús, que le ha llevado a la cruz. De esta forma, ha ido creciendo como iglesia, en su fe en Dios y en su seguimiento de Jesús. Pero, indudablemente, no toda la iglesia salvadoreña se ha convertido ni se ha puesto decididamente al servicio de los pobres. Existen también los que no han respondido a las exigencias de Medellín, que critican como partidismo político lo que es la parcialidad de la opción por los pobres, considerando subversivos a los mártires y atacando las nuevas formas de pastoral y de teología.

Al hablar, pues, de la iglesia salvadoreña nos referimos sólo a aquella iglesia que ha optado por los pobres, a la iglesia de Mons. Romero, iglesia que aún persiste hoy con vitalidad, aunque con menor brillantez en algunos aspectos. Esta iglesia ha sido para muchos "buena noticia", porque en ella y a través de ella se ha hecho presente el evangelio de Jesús. Como toda "buena noticia" es anuncio gozoso y como toda "buena noticia" cristiana es también escandalosa. Por tanto, sólo se puede hablar de esa iglesia como invitación e interpelación a nosotros, los salvadoreños, y a los oyentes de otras latitudes.

Sin ningún triunfalismo, sino con humildad y sencillez, quiero presentar a la iglesia de El Salvador y ofrecerla como buena noticia. Y quisiera ofrecerla dentro del marco de la solidaridad eclesial, por la cual las diversas iglesias locales dan y reciben unas de otras lo mejor que tienen, sobre todo, su fe, su esperanza y su caridad.

Para cumplir esta finalidad voy a presentar la fe de los pobres de El Salvador, la esperanza de un pueblo crucificado, y lo haré más a la manera de una meditación teológica que de pura exposición, sirviéndome con frecuencia de las palabras de Mons. Romero.

LA IGLESIA Y EL MUNDO DE LOS POBRES

La iglesia salvadoreña ha encontrado su verdadero lugar, no dentro de sí misma, sino en el mundo que la rodea, y más concretamente en el mundo real, en el mundo de los pobres. Y es en este mundo en donde la iglesia ha resuelto su "problema ecológico", ya que en la relación con su ambiente se propicia el crecimiento cristiano de la iglesia y ésta propicia el crecimiento -liberación- de ese mundo. De esta forma, la iglesia salvadoreña ha unificado una doble dimensión importante: ser evangélicamente cristiana y ser históricamente salvadoreña.

La realidad de los pobres: el pecado

La pobreza, que es algo marginal para ustedes, es algo absolutamente central para comprender a aquel país y a aquella iglesia. En El Salvador se da lo que Puebla calificó como "el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada en salarios de hambre, el desempleo y el subempleo, desnutrición, mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, inestabilidad laboral" (n. 29).

Los pobres constituyen las inmensas mayorías de El Salvador. De ellos se puede decir que son *históricamente* pobres, ya que su pobreza es de índole socioeconómica, y que son *dialécticamente* pobres porque existen como pobres porque y para que otros existan como ricos. Son *teológicamente* pobres porque son expresión y producto del pecado, porque sus vidas están cercanas a la muerte real por el pecado histórico, cristalizado en estructuras injustas y violentas. Son negación de la primaria voluntad de Dios sobre los hombres y, por ello, son signo de que la creación está amenazada y viciada. Y no hay que olvidar que tienen rostros concretos, así como nombres y apellidos. Con éstos es con quien tiene que vérselas la iglesia.

Desgraciadamente, en los últimos años, el término "pobre" se ha tornado extremadamente suave. Pobres son hoy los amenazados en su vida, los torturados, los desaparecidos, los asesinados -ya son 35.000 en El Salvador-, los expulsados. Son los que sufren brutales represiones legitimadas por los principios de la "seguridad nacional" (Juan Pablo II). Son los salvadoreños de tal manera oprimidos y reprimidos que hizo exclamar a Mons. Romero: "Esto es el imperio del infierno". Esta pavorosa realidad es el principio hermenéutico para comprender quiénes son los pobres a los que la iglesia tiene que dirigirse.

Sea cual fuere el múltiple significado evangélico y teológico de "pobre", esos hombres y mujeres son ciertamente pobres. Y son ellos los destinatarios de la buena noticia del evangelio, los que reproducen la misteriosa figura del siervo de Yahvéh. Son los que interpelan a la iglesia en su misión y -escandalosamente- en su esperanza.

Encarnación en el mundo de los pobres: cargar con el pecado del mundo

No por obligación, sino por la urgencia paulina del amor ("la caridad de Cristo nos urge"), la iglesia debe hacer una opción preferencial por esos pobres. Sería intolerable suavizar esa opción considerándola una entre varias posibles, o relativizándola en virtud de la casuística. Y la primera exigencia que la iglesia debe afrontar en esta decidida opción es la encarnación entre los pobres. Pero encarnación no significa una mera adaptación cultural o una buena información sobre los problemas existentes, sino que es abajamiento consciente al mundo de los pobres, de forma que el mundo de los pobres se introduzca eficazmente en la iglesia.

Este tipo de encarnación tiene unas características sumamente importantes para la iglesia. Veamos algunas:

a) La encarnación en el mundo de los pobres es la única forma de responder a la pregunta ineludible que Dios nos dirige, tan bien expresada en los cantos de los negros esclavizados: "¿Estaban ustedes allí cuando crucificaron a mi Señor, cuando le clavaron en la cruz?". Ante esta pregunta la única manera de responder es estar junto a los crucificados de la historia. Y ese estar encarnadamente junto a la cruz es cargar con el pecado del mundo, paso previo pero necesario para erradicarlo como el cordero de Dios. Mons. Romero ya lo expresó con clarividentes palabras: "Sería muy triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una iglesia encarnada en los problemas del pueblo". Es este tipo de encarnación el que permite que la iglesia tenga credibilidad entre el pueblo, porque es lo que hace a la iglesia participar en la realidad de opresión y represión, así como supone para ella un primer paso en su encuentro con el verdadero Dios.

b) La encarnación es conversión fundamental porque trastueca todos los valores del hombre natural. Plantea a la iglesia el serio problema del uso del poder como institución. Encarnación en el mundo de los pobres es optar por lo que está abajo, por lo débil de este mundo; es elegir a Dios en contra de las riquezas.

c) La encarnación genera en la iglesia, previas a su misión, dos actitudes tan difíciles como necesarias:

La primera es la captación de las cosas. Esta es el primer paso -como nos avisa Pablo- para que las cosas hablen de Dios. "La cólera de Dios se ha revelado contra los que aprisionan la verdad con la injusticia" (Rom 1,18). A la iglesia salvadoreña le ha llevado mucho tiempo captar lo que es la verdad del hombre salvadoreño. Si se ha descubierto su verdad como hombre pobre, empobrecido y oprimido, es por la encarnación en el mundo de los pobres. Se ha liberado esta verdad aprisionada durante tanto tiempo y, precisamente por ello, ahora la verdad de la realidad salvadoreña puede hablar de Dios.

La segunda actitud es sentir el dolor de los pobres, rehacer el *misereor super turbas* de Jesús. Ninguna persona de buen corazón deja de conmoverse cuando ve de cerca o escucha de lejos los sufrimientos del pueblo salvadoreño, porque la naturaleza nos ha concedido al menos el instinto de la compasión ante el dolor humano evidente. Pero no basta este primer movimiento de generosa compasión. Hay que mantenerlo y actuar en consecuencia porque hasta el dolor de los pobres es manipulable, aunque es cierto que

ese dolor toca verdaderamente el corazón de Dios. Se le manipula cuando la iglesia piensa que tiene misiones más altas que las de aliviar ese dolor, aceptando que, aunque es malo y espantoso, podría haber cosas peores, como un triunfo de la izquierda, por ejemplo. Y se manipula ese dolor cuando se afirma que quienes sufren represión ase la han buscado" y, por tanto, es lógico que paguen las consecuencias.

Defensa de los pobres: quitar el pecado del mundo

La iglesia debe encarnarse en las cruces de la historia, pero sin pactar con ellas. La opción por los pobres debe ser activa defensa de los pobres. La dialéctica de estar en la cruz y estar contra la cruz es exigida por una verdadera misericordia y es sumamente fructífera para generar plenitud en la misión de la iglesia.

a) En la actualidad la opción por los pobres es defensa de la vida de los pobres. Esta afirmación aparentemente mínima es absolutamente necesaria en un país en el que vivir es la máxima tarea y morir es el destino más cercano. "Es preciso -decía Mons. Romero- defender lo mínimo, que es el máximo don de Dios: la vida". La vida es, ciertamente, más que vivir. Tiende a plenificarse en formas materiales, sociales, personales, espirituales y trascendentes. La misión de la iglesia es propiciar la vida en todas estas dimensiones, para que se haga realidad aquella "vida abundante" que vino a traer Jesús, pero esto no puede hacerlo sin pasar por el primer estadio de la vida, que es la vida misma. Y esta tarea de acabar con las estructuras injustas que oprimen al pueblo salvadoreño no es sólo una exigencia ética, sino una exigencia teológica primaria. Si ésta no se cumple, vana sería la fe de la iglesia en un Dios de vida.

b) La defensa de la vida de los pobres lleva a la denuncia profética. "No podemos callar, queridos hermanos, como iglesia profética, en un país tan corrompido, tan injusto", decía Mons. Romero. En la división de la sociedad entre opresores y oprimidos, la denuncia profética toma partido por los pobres y éstos se sienten defendidos. Por eso, sin ningún matiz retórico, llamaron a Mons. Romero "la voz de los sin voz". Denunció el pecado y desenmascaró a sus responsables -oligarquía, ejército y cuerpos de seguridad, gobiernos y políticos, intervención norteamericana, etc.- como ya lo hicieran en su tiempo Amós, Isaías, Juan Bautista o Jesús. Nada de esto lo hizo con odio hacia quienes atacaba, pero los atacaba por defender a los pobres. Y éstos vieron en él a su defensor porque, como todo profeta, hablaba no en su nombre, sino en nombre de Dios, y en nombre de Dios clamó: "¡Cese la represión!".

c) La defensa de los pobres debe llevar a la iglesia a acompañarles en sus justos procesos de liberación. A pesar de lo difícil y resbaladizo que es para la iglesia esa tarea de acompañamiento, tanto por la dificultad de los juicios políticos sobre esos procesos como por la dificultad de introducirse en ellos, de una forma específicamente eclesial y cristiana, la iglesia salvadoreña no la ha rehuído de ninguna forma. Y para entender esta actuación es importante enunciar dos principios fundamentales que ha seguido:

1. La iglesia reconoce que no es ella la llamada a protagonizar los procesos liberadores del pueblo. Los pobres salvadoreños llegaron a tomar conciencia de su empobrecimiento creciente y de que ellos mismos tenían que ser sujetos activos de su liberación, como lo reconoció Medellín. Después de dos intentos fallidos de resolver la situación por la vía electoral en los años setenta y de intentarlo con organizaciones

sindicales, gremiales, etc., el pueblo se acabó organizando militarmente al ver que no había otra solución. Y ahora vivimos una guerra fratricida, a consecuencia de la cual la represión es cada vez más sistemática.

La iglesia ha reconocido que existe un conflicto verdadero y que la lucha de los pobres tiene como origen la injusticia social.

2. La iglesia decide acompañar a ese pueblo, aun en esos conflictos, sin rehuir esa tarea por los costos que le pueda suponer. Hace ya muchos años que la iglesia salvadoreña ha defendido los derechos de los pobres, condenando la mística de la violencia y propiciando al máximo los medios pacíficos. Actualmente busca la vía del diálogo como posible solución al conflicto. Pero la iglesia de El Salvador -y eso le ha costado muchas vidas humanas- no ha abandonado a los pobres en los momentos históricos más difíciles y conflictivos. Esta actuación no es fácil para la iglesia, pero si no los defendiera ahora, actuaría como el pastor que huye cuando el lobo viene a devorar a sus ovejas.

d) El acompañamiento de los pobres significa también imbuir en ellos como pueblo, en sus proyectos y en sus luchas, el espíritu cristiano, con el convencimiento de que, con ese espíritu, el pueblo da más de sí. Esto significa avisarles también de sus errores. Por eso, Mons. Romero, que defendió y amó a los pobres y revolucionarios, también les exigió la superación de sus errores y condenó sus acciones violentas cuando a veces se tomaban terroristas.

Mons. Romero trató de ofrecer a cristianos y no cristianos los valores de la fe, con la convicción de que con Dios el hombre se humaniza más y mejor. Por eso nunca promovió el odio, sino que exigió misericordia y perdón. No absolutizó ningún proyecto político en nombre del reino de Dios. Defendió el cambio de estructuras, pero también el cambio en el corazón del hombre, seguro de que nada puede sustituir el encuentro del hombre con Dios y de que ese encuentro es sumamente salvífico para el hombre y productivo para su historia. Sabía que debía mantener la utopía de Dios acompañando al hombre real y a sus procesos históricos reales.

e) Defensa de los pobres significa, por último, mantener su esperanza. Cómo ocurra esto es algo milagroso. Pero ocurre. La iglesia mantiene la esperanza de los pobres cuando, escuchándoles, les anuncia que la palabra de Dios es buena noticia para ellos, cuando les hace descubrir su verdadera dignidad, cuando les dice que Dios está verdaderamente cercano a ellos. Y ellos lo creen porque confían en una iglesia que está cercana.

Según la escandalosa paradoja cristiana, la iglesia mantiene la esperanza precisamente porque es contra toda esperanza. Es en el dolor, en el sufrimiento, en los numerosos martirios de cristianos donde se alimenta esa esperanza. Y la iglesia debe intentar siempre de nuevo que palabras como las de Mons. Romero generen esperanza: "El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener".

La santidad de una iglesia perseguida

La opción por los pobres ha tenido sus consecuencias. Los pobres han evangelizado a esa iglesia. De ahí han salido grandes bienes para la misma iglesia: ha aumentado y se ha profundizado la fe; la iglesia se ha hecho más la iglesia de Jesucristo y ha aumentado su credibilidad e influjo social entre el pueblo; la iglesia institucional se ha convertido en institución con espíritu unificando a los diversos miembros del pueblo de Dios; ha surgido una gran creatividad pastoral, litúrgica y teológica.

Pero la consecuencia más notoria ha sido sin duda la persecución. Once sacerdotes, entre ellos Mons. Romero, un seminarista, cuatro religiosas estadounidenses, centenares de catequistas y delegados de la Palabra han sido asesinados, y otros muchos han sido torturados, amenazados, expulsados, agredidos físicamente con explosiones en sus viviendas y lugares de trabajo. Si esto ha pasado con los sacerdotes, imagínense ustedes lo ocurrido con los cristianos sencillos, campesinos, refugiados, obreros.

Esta persecución es un bien y una gracia para la iglesia, y es el signo de que es verdaderamente seguidora de Jesús. Evidentemente, se oyen las voces de quienes la acusan de meterse en política y sufrir las consecuencias. Pero la verdad es muy otra: en primer lugar porque la iglesia no necesita meterse en política, sino que está inmersa en ella si defiende a los pobres; en segundo lugar, porque la iglesia sabe muy bien que se le persigue por causa de la justicia del Reino, que hace bienaventurados a los perseguidos, en palabras de Jesús (Mt 5, 10). Se la persigue porque se ha colocado en aquel lugar que produce persecución: el mundo de los pobres.

La persecución del pueblo salvadoreño ha dado raíces profundas a su fe como la cruz de Jesús supuso el nacimiento de la fe cristiana. Durante veinte siglos los cristianos han celebrado su fe y su Eucaristía recordando a los testigos de la fe y sobre reliquias de mártires. Para los cristianos salvadoreños no basta con recordar los nombres concretos del misal romano -Esteban, Alejandro, Marcelino, Felicidad, etcétera-, sino que sobre todo recuerdan y mencionan a Oscar, Rutilio, Octavio, Ita, Maura, Juan y Felipe. Estos son sus mártires, todavía recientes. Y junto a ellos, los padres, hijos e hijas, esposos y esposas, hermanos y hermanas de quienes celebran la Eucaristía... mártires también.

El servicio de los pobres ha forzado a la iglesia a recorrer el camino de Jesús. Y eso es lo que la ha hecho crecer como iglesia y desarrollarse en plenitud. La relación de la iglesia con el mundo de los pobres no es un problema más, sino su problema fundamental, en el que se juega su ser iglesia de Jesús.

La iglesia de los pobres: interpelación y buena noticia

Esta presentación de la iglesia salvadoreña está idealizada, pero no es idealista. Está idealizada porque no siempre ni todos han realizado esa opción por los pobres, ni con la intensidad proporcionada a la miseria y opresión de los pobres. La iglesia salvadoreña está en una situación difícil porque ha perdido a numerosos sacerdotes, religiosas y demás agentes de pastoral. Pero tampoco es idealista esta presentación porque en esa iglesia se mantiene mucho de esa opción, con el heroísmo, la fe, la esperanza y la fortaleza que la caracterizan.

Esa iglesia ha desencadenado un inmenso movimiento de solidaridad, desconocido en la reciente historia de la iglesia: la solidaridad intraeclesial, como proceso de dar y recibir entre las iglesias cada una la riqueza que posee. Y, dicho sin presunción, creo que lo que la iglesia salvadoreña ha ofrecido a la iglesia universal y a sus iglesias locales es fundamentalmente su fe martirial, su esperanza contra toda esperanza y la práctica de la caridad eficaz para con los pobres. Es una iglesia que sólo tiene para ofrecer el dolor, la esperanza y el trabajo de un pueblo que ansía su liberación, y la solidaridad de la iglesia hacia ese pueblo. Dios se ha acordado de la iglesia de El Salvador, la más pequeña de las iglesias, como se acordó de Belén, y eso ha servido de estímulo a tantos cristianos del tercer mundo y ha ayudado a rejuvenecer la fe, la alegría y el orgullo de ser cristianos a tantos otros del primer mundo.

A su vez, la iglesia salvadoreña ha recibido ayuda económica, apoyo moral, reconocimiento y verdadero interés activo por parte de otras iglesias, para que se detenga la represión y se busquen soluciones justas. De esta forma, se ha generado la solidaridad que, en mi opinión, es el nombre actual de la catolicidad de la iglesia, y una de las características de una iglesia verdadera. Y es una solidaridad firme porque no ha sido diseñada desde arriba, sino que ha nacido en el dolor de los pobres.

Por esa solidaridad, una iglesia volcada hacia los pobres no sólo es buena noticia para ellos, sino también para las demás iglesias. Ese tipo de iglesia comunica lo que es central en nuestra fe: Que Dios es Padre de todos los hombres, pero radicalmente cercano, tierno y amoroso hacia los pobres; un Dios liberador y también crucificado. Que Jesús es Hijo, a quien se le reconoce prosiguiendo su camino que le llevó a la muerte por amor; que no se avergüenza de llamarnos hermanos, pero que nos exige una forma de vida eclesial para que no tengamos que avergonzarnos de llamarle hermano a él. Que el Espíritu es Señor y dador de vida, que espolea nuestra actividad de espíritu evangélico; enseña a poner por obra lo que confesamos, a realizar los signos de la fe y los duros trabajos del evangelio.

Pero esa iglesia nos interpela. Con sencillez querría hacerles a ustedes las preguntas inevitables que plantea esta iglesia: ¿Han hecho ustedes una verdadera opción por los pobres; aquí en su país y en el resto del mundo? ¿Ponen sus grandes recursos eclesiales, socio-políticos y teológicos, al servicio de los pobres? ¿Conocen, comprenden, analizan y apoyan el deseo de liberación de los pobres? ¿Sufren algún tipo de persecución por esa opción?

Estas son preguntas profundamente cristianas, cuestionantes para cualquier católico, viva donde viva. Ninguna iglesia puede desoír la pregunta de Dios de si estamos junto a la cruz de los crucificados de la historia. Y una vez estemos junto a esa cruz debemos preguntarnos qué hacer, con aquella actitud de Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales cuando, delante de Cristo crucificado por sus pecados, se preguntaba: qué he hecho, qué hago y qué voy a hacer por Cristo. Traduciendo estas preguntas a nuestro mundo actual tenemos que preguntarnos qué hemos hecho para que existan pueblos crucificados, qué hacemos para bajarlos de la cruz, qué vamos hacer para que comiencen a vivir como hijos de Dios.

Sólo haciéndonos estas preguntas con honradez podremos predicar el evangelio, y entonces éste será buena noticia para nosotros. Sólo en la vuelta a los crucificados, en el olvido de uno mismo, nos recobramos como cristianos y como iglesia. Ya dijo Jesús

que para ganar la propia vida hay que perderla y nada hay que sustituya a esa fórmula breve del cristianismo. Pero cuando con la gracia de Dios realizamos ese milagro, entonces el Evangelio se nos convierte paradójicamente, con palabras de Karl Rahner, en "una pesada carga ligera". Pesada, porque supone persecución; ligera, porque "cuando uno carga con ella, ella carga con uno".

No le tengamos miedo a la opción por los pobres. Nos llevará al conflicto y a la cruz, pero también a la resurrección como iglesia. Esta se encontrará muchas veces perdida y sin ideas, pero al mismo tiempo sentirá la cercanía y el agradecimiento de los pobres del mundo. Con ellos encontrará a Jesús y con ellos -su pueblo y su orgullo- encontrará y se dirigirá a Dios.

Condensó: JOSEP SOLS I LUCIA